

# Relámpago

Francisco  
R. Bello



Cuando Misael va a dar una serenata a su novia, en el "Marcos Ramírez" de Carlos Luis Fallas, uno de sus acompañantes canta "una canción requevevieja que me enseñó mi mamá": "Como apaga el fulgor de un lucero/ de las nubes oscuro cendal/ de mi dicha los claros destellos/ tras velo de olvido borrándose van". Con muy pocas variantes, la misma poesía se cantaba en la sociedad provinciana de la Argentina de fin de siglo. Allá, lo que se apagaba no era el fulgor de un lucero, sino de una estrella; y "los claros destellos" de la dicha se borraban, no tras velo de olvido, sino tras sombras de llanto. Otra de las estrofas de la canción, que no cita Fallas, decía: "Ay que triste es llevar en el alma/ el recuerdo de un perdido bien,/ y después preguntar qué se han hecho/ las dichas pasadas, los sueños de ayer".

En Santa Cruz de la Sierra, en Bolivia, por el año de 1942, escuché unos versos, también "requeveviejos", que se cantaban en la Argentina al finalizar el siglo XIX y que comenzaban así: "Grabé tu nombre sobre la arena/ y aleve viento se lo llevó".

En Rosario de Santa Fe, la ciudad donde nací, visité un día del año 1948 un centro cívico que llevaba el nombre de Juan Manuel de Rosas el famoso dictador argentino. Este centro cívico había hecho un culto de la tradición americana y su principal atracción era un negro cantor, llamado Relámpago. Relámpago tenía entonces alrededor de ochenta años y todavía trabajaba en el campo, haciendo zanjas para combatir la "langosta saltona". En aquella oportunidad Relámpago me contó que

char algunas canciones tradicionales, que yo había oído también en Venezuela y en Colombia. Una de ellas, decía: "Casta paloma, tranquilla fuente/ de mis amores, rayo de luz"; otra: "Soy pajarillo errante/ que ando perdido, que ando perdido/ y alzo mi vuelo,/ me traicionan mis alas/ me han traicionado mis alas/ ay volar no puedo" y la última: "Si por mi tumba/ pasas un día/ y amante evocas/ el alma mía,/ verás un ave/ sobre un ciprés./ Habla con ella/ que mi alma es". Las primeras, eran anónimas. Esta sí tenía autor, José Antonio Calcaño, perteneciente a la "familia de ruiséñores" de Venezuela que dio sin tasa músicos y poetas a la tierra de Bolívar.

No sé qué explicación científica darán los musicólogos a aquel intercambio cultural que, sin proponérselo los gobiernos, existía en la América Hispana en el siglo XIX, sin los adelantos modernos de la radio y de la televisión. La mía es que el alma continental era una sola y que Relámpago era su intérprete, intuitivo e ignorado.

Hace ya algunos años que murió Relámpago. Cuando supe la noticia infausta, escribí para su recuerdo unos versos, como los que él solía cantar, procurando, tal vez en vano, reproducir con palabra vacilante, el sentimiento que brotaba de su propia inspiración telúrica: "Es un negro cantor. En la guitarra/ sus manos dolorosas se hacen finas,/ y aquellas cuerdas gimen soledades/ como por una maldición heridas./ Ha muerto ya. La voz que conservaba/ de América las viejas melodías,/ se ha callado, ignorada para siempre,/ en esa humilde sombra fugitiva/. Ahora vuelve a mí. Sus negros ojos/ tienen reminiscencias de otra vida/ y su inspirada frente de poeta/ con renovada fe se le ilumina./ Canta otra vez. Pero su canto tiene/ palidez de remotas lejanías/ y hablan su mismo idioma las calandrias/ el bosque umbroso y las nocturnas brisas./ Canta otra vez. Juncas y espadañas/ como con alma para oír se inclinan/ y en los bañados garzas y cigüeñas/ se han quedado de pronto pensativas./ Es un negro cantor. En la guitarra/ sus manos dolorosas se hacen fi-

nas/ y aquellas cuerdas gimen soledades/ como por una maldición heridas".

Otras canciones podría recordar, que se cantaban simultáneamente en toda la América Hispana, al finalizar el siglo XIX. La que canta Efraim en la María de Isaacs: "Ven conmigo a vagar bajos los árboles,/ donde las hadas templan su laúd./ Ellas me han dicho que conmigo sueñas,/ que me harán inmortal si me amas tú"; otra que comenzaba así: "Mirando los cielos/ me pasó la tarde,/ mirando los cielos/ y pensando en ti./ Tengo el alma llena/ de cielos azules/ y de una tristeza/ lánguida y sutil". Y tantas otras, que no cito para no fatigar, pero que conservo en la memoria desde chico, por haberlas escuchado en la ciudad provinciana donde nació.

Hormiga Negra, Juan Moreira, Martín Fierro, eran "gauchos malos". Peleaban o mataban porque estaban borrachos, o porque les decían "beba, cuñado", o por necesidad. Pero despertaban cierta simpatía en el lector, que en alguna manera los consideraba como víctimas de la injusticia, a veces política, a veces social. Cuando era pequeño, en el juego de "policías y ladrones", me gustaba alistarme en el lado de los "ladrones" y en último extremo, para que me dejaran jugar, aceptaba pertenecer al bando de los "policías". Sin embargo, el Marcos Ramírez de la novela de Fallas, no alcanzó a despertar en mí esas simpatías, porque sus "travesuras" son malignas o sórdidas; porque hace el mal a la manera kantiana, por el mal mismo; porque cualquiera fuese el lugar donde hubiera crecido, habría tenido necesidad de un proceso de adaptación, si pobre, en un reformatorio, si rico, en Summerhill. De ahí, que no es extraño en absoluto que al dirigirse hacia las bananeras del Atlántico, Marcos Ramírez se convierta en un agitador como los que pintan los cables de la AP o de la UPI. No obstante, le estoy agradecido, porque su prosa es bella, porque sus personajes tienen fuerza y, sobre todo, porque me hizo recordar la figura de Relámpago, que casi se me había olvidado, tan lejos y tan solo.